

ANSIEDAD, HIPOCONDRIA
Y EXPERIENCIAS
SEXUALES
TRAUMÁTICAS



Primera edición.

Ansiedad, hipocondría y experiencias sexuales traumáticas.

© 2022, Daniel Arce.

© Libros y literatura SL

www.librosyliteratura.com

contacto@librosyliteratura.com

© Corrección: Ana Segarra

© Ilustración y maquetación: Nuria Medina

© Diseño de portada: Daniel Arce

Impreso en España.

ISBN: 978-84-125971-2-7

Depósito Legal: A 492-2022

Estas líneas suelen destinarse a advertir a los desaprensivos que ni el contenido ni la cubierta de este libro pueden reproducirse sin permiso del editor, pero de poco sirven porque casi nadie las lee, y si algún despistado lo hiciera, podría incluso darle ideas. Así que si estás leyendo esto es que perteneces a ese grupo de lectores voraces que leen hasta las instrucciones de los abanicos. Por eso nos gustaría recompensar tu interés revelándote aquí el secreto de la existencia o alguna otra de las variopintas incertidumbres que afligen al ser humano. Por desgracia, ya no nos queda espacio.

PRÓLOGO

En la noche oscura, aparentemente vacía y silenciosa, caben muchas más cosas que en el día. No es de extrañar que a ciertos individuos les resulte menos llevadera la calma que la acción. La mayoría de las tareas diurnas nos alejan de la psique profunda, del hollo donde se cuecen nuestros miedos. Mientras barremos, nuestra vida se transforma en un vaivén tan productivo como irreflexivo. Barrer puede ser un fastidio para quienes tienen cosas mejores que hacer, pero también puede ser un refugio para quienes no quieren quedarse a solas con su mente, repleta de objetos negruzcos y punzantes. Este segundo grupo, por mucho que barra, por mucho que cave, friegue, clave, suba o baje extenuando su cuerpo, terminará por enfrentarse a la ominosa figura del lecho: la plaza donde se libran las grandes batallas.

1

La soledad de Pedro se había hecho a sí misma bajo la pasiva supervisión del propio Pedro. Atrás quedaron los días en los que la vida social ocupaba gran parte de su tiempo. Inmerso en un letargo emocional, recordar los buenos momentos curvaba cada vez más levemente la comisura de sus labios. Bastante tenía ya él con lo suyo. Estaba pendiente de unos resultados médicos. Llevaba años sintiendo cosas raras en el pecho y decidió consultarlo con un especialista. No eran dolores ni calambres ni pinchazos. Eran sensaciones incómodas, puntuales y repentinas. Solían producirse cuando llegaba a casa. Vivía solo. Tenía miedo de que, a sus cuarenta y cinco años, treinta de ellos como fumador, su corazón o sus pulmones corrieran un grave riesgo. Vivir solo tenía ciertas ventajas, y padecer un infarto no era una de ellas.

Solía imaginarse a sí mismo siendo víctima de un percance cardíaco. No tenía ni idea de lo que se sentía al sufrir un infarto, nunca le había pasado. No obstante, un infarto era una de esas cosas que Pedro podía imaginarse sin mucho problema. El doloroso pinchazo llegaría de súbito, como un rayo. Pedro esbozaría una mueca de espanto y se llevaría una mano al pecho. Su estómago se contraería violento debido a la impresión. Desesperado, buscaría con la vista su teléfono móvil. Estaría lejos, por supuesto; por

mucho que lo piense, uno nunca está preparado para esas cosas. Al levantarse con brusquedad, arrastraría la silla y la volcaría. El ruido, lejos de llegar al estruendo, se quedaría en un leve golpe que su vecina, anciana y medio sorda, sin duda pasaría por alto. En estado de pánico, Pedro caminaría hacia la otra punta de la casa donde, inconvenientemente, se hallaría su teléfono. A tan solo unos metros del objetivo, sus piernas fallarían y tendría que arrastrarse por el suelo como un caracol. Conseguiría marcar el número de emergencias y alcanzaría a pronunciar el motivo de su llamada: «¡Un in-far-too, un infar-tooo!». Pero claro, a ver quién es el guapo que consigue dar su dirección completa mientras se debate entre la vida y la muerte. Pedro sabía que nunca lo lograría, que perdería la conciencia y la vida allí tirado, mientras la teleoperadora le hacía preguntas a un ser inerte. Su espíritu se elevaría en la estancia y pincharía con un palo el cuerpo que lo había albergado, confirmando su propia muerte.

No era extraño que Pedro prefiriera prevenir. Un compañero de su trabajo había ignorado durante semanas unas molestias en el trasero y resultó ser una fístula. Se le complicó: le creó una hemorragia interna y ahora está muerto. El hecho de que algo parezca leve, no significa que haya de afrontarse con levedad. Es cierto que un ser no puede, a veces, escapar de las negligencias de un tercero, pero ha de hacer todo lo posible por escapar de las propias. A no ser que no aprecie la vida. Y Pedro apreciaba la vida, mucho. Aunque no tuviese pareja o muchos amigos, ni *hobbies* ni pasiones, tampoco grandes planes o aspiraciones. Pero lo cierto es que, aparte de la vida, Pedro no conocía otra cosa, y perderla le daba canguelo. Mucho más si esto sucedía a través de una enfermedad. Si se mataba con el coche, pues bueno, qué se le iba a hacer; eso es algo fortuito, no una lenta y persistente patología. Pedro sabía que no tenía un control absoluto de lo que

sucedía de su piel para fuera, pero cada vez era más consciente del poco control que tenía de piel para dentro. Pensaba en su abuelo, que había muerto de cáncer de pulmón y nunca había fumado. Incluso sin haber invertido en papeletas, la enfermedad le tocó y se lo llevó por delante sin hacer declaraciones. Así, sin más. Y que Dios lo tenga en su gloria. Uno nunca sabe dónde la tiene, me refiero a la enfermedad.

Pedro acudió puntual a su cita con el cardiólogo. Esperó en la sala de espera, que para eso era. Las manos le sudaban, así fuertemente una revista enrollada con ambas. Había tratado de mantener la calma hasta ese momento. Se había dicho, aunque quizá sin mucha convicción, que aquello no sería nada. Pero lo cierto es que, a medida que Pedro se iba acercando a la consulta del cardiólogo, sus nervios se acrecentaban sin remedio. Sus visitas al médico eran como los apretones: cuanto más cerca estaba del inodoro, más ardua se volvía la tarea de sus esfínteres. El tipo que le dio la vez salió cabizbajo y tristón de la consulta. «Ay, Dios mío», pensó Pedro. Le llamaron a los pocos segundos y se levantó de su asiento lentamente, sin mucha gana de entrar a aquella consulta.

—Buenos días —saludó el médico, sin levantarse de su silla acolchada.

—Eso espero, que sean buenos —dijo Pedro.

—Siéntese, por favor.

—¡Ay, no! —se alarmó Pedro—. Cuando a uno le dicen que se siente es porque van a darle malas noticias.

El médico le miró contrariado a través de sus gafas.

—¿A usted le cortan el pelo de pie? —preguntó.

Pedro se quedó pensativo y extrañado.

—Eh... no, la verdad —respondió con cautela; no sabía si era una pregunta trampa.

—Claro. El peluquero le pide que se siente porque así es más cómodo tratar con usted, no para decirle que se va a quedar calvo —razonó el médico—. Pues yo, igual.

—Entonces, todo bien, ¿no?

—Más o menos.

—¿Cómo que más o menos? —se horrorizó Pedro— ¿Más menos que más o más más que menos?

—Eso depende de qué sea más y qué menos.

—Pues ¿qué va a ser? ¡Más es lo bueno y menos es lo malo!

—No tiene por qué. Tener más dolor es peor que tener menos.

—¡Pero ya le estoy diciendo yo que más es lo bueno y menos es lo malo!

—Ya, ahora. Pero, en un principio, usted ha dicho: «Pues ¿qué va a ser?». Además, con cierto remango, como si su elección se tratara de una obviedad incomprensible para mí, y no es el caso.

—Bueno. Da igual... ¿Quiere hacer el favor de decirme qué me pasa?

—Solo si hace usted el favor de sentarse y deja de manosear esa revista, el ruido me da dentera.

—Está bien. —Pedro accedió a tomar asiento y posó la revista sobre la mesa.

—Más más que menos —dijo el médico su veredicto.

—O sea, que más bueno que malo.

—¿Me lo está preguntando? Si precisamente ha sido usted quien ha establecido lo que era más y lo que era menos.

—Ya, solo era para confirmar que me había comprendido.

—¿Está sugiriendo que soy corto de entendederas?

—No, hombre. En ningún caso haría algo así. Solo quiero saber qué tengo, doctor. Si es grave, suéltelo ya. No se apure. Soy valiente y podré resistirlo.

El doctor le miró fijamente. Primero a su frente sudorosa y luego a la revista que había posado en su mesa, toda descujada y húmeda.

—En fin. Tiene usted un soplo en el corazón.

—Ay, Dios. Ya lo sabía yo, ya sabía yo que algo no andaba bien ahí. Ya sabía yo que lo mío no era normal, que esas sensaciones extrañas venían de algún lado —se lamentaba Pedro.

—Pero ¿usted sabe lo que es un soplo en el corazón? —preguntó el médico arrugando la frente.

—A ver, no sé exactamente lo que es, pero muy bueno no puede ser.

—Lo único que a usted le pasa es que su corazón emite una frecuencia de tres sonidos en vez de dos cuando late, nada más.

—¡Le parecerá poco! Mi corazón hace un sonido más de la cuenta, eso quiere decir que no es normal, que me voy a morir a los cincuenta o así. Todo el mundo sabe que la gente con el corazón mal no llega a vieja.

—Lo suyo es un soplo cardíaco inocente, es decir, que no requiere tratamiento. No es un problema y no debe preocuparse en absoluto. Y esas sensaciones extrañas de las que usted habla en ningún caso vienen de su corazón. Su soplo es de nacimiento.

Pedro se quedó impresionado.

—¿Cómo sabe usted que es de nacimiento?

—Porque estudié doce años para ejercer esta profesión.

—Entonces, ¿por qué tengo esas sensaciones tan raras por el pecho?

—Caballero, esto es Cardiología. Yo no sé por qué tiene usted esas sensaciones extrañas por el pecho. Lo único que sé, y se lo puedo asegurar con certeza, es que no son debidas a un problema cardiovascular.

—¿Y a qué se deben?

—¡Yo qué sé! Serán gases.

—Sí, claro... Gases, tan arriba. Los gases son en el estómago.

—No necesariamente. En ocasiones, los gases pueden producir pinchazos o molestias a la altura del pecho.

—Y usted ¿cómo sabe eso? ¿No se dedicaba al corazón?

El médico suspiró y miró al suelo unos instantes.

—A ver cómo se lo explico esto a un adulto para que lo entienda... Debí haber sido pediatra —dijo el cardiólogo en voz alta—. Para estudiar Cardiología, primero hay que sacar la carrera de Medicina, y ahí se aprenden cositas generales del cuerpo humano, como usted podrá imaginar. Después, uno se especializa en algo, si quiere. Yo quise, y me hice cardiólogo. ¿Y qué pasa cuando te especializas en cardiología? Pues que te dedicas a tratar temas relacionados con la materia de un modo específico. Usted vino aquí porque su médico de cabecera le dio un volante para verme y comprobar si había algún problema en su corazón que debiera preocuparnos. Pues bien, no lo hay. Su corazón está como un roble.

—Y si no son gases, que no creo que lo sean, ¿qué otra cosa podría ser?

—Por poder, podría ser cualquier cosa. Nervios, por ejemplo.

—¿De qué voy a estar yo nervioso?

El médico arqueó las cejas y no respondió de inmediato.

—Quién sabe —dijo después de pensárselo unos segundos.

—Pues, en teoría, usted. Usted es quien debería saberlo.

—Y sé. Yo sé que su corazón está perfectamente. También sé que hay otros pacientes esperando fuera. Por lo tanto, igual que antes le pedí que se sentara, ahora le pido que se levante.

—Y ya está. Así, sin más. ¿No va a recetarme usted nada?

El médico miró incrédulo a Pedro unos instantes. Hizo el amago de replicar, pero se contuvo.

—¿Sabe qué? Tiene razón. —Empuñó su pluma y escribió en su recetario con trazos enérgicos—. Ahí tiene. Tómese una de estas con las comidas.

Pedro recogió la nota receloso y leyó: «MUCHO ÁNIMO, CAMPEÓN».

2

Pedro llegó a casa intranquilo. Apenas comió. Si su corazón estaba bien, ¿cuál era el problema? Le habían hecho un chequeo hacía un par de meses con radiografías incluidas y le habían dicho que sus pulmones estaban perfectos. Desde unas semanas antes, venía sufriendo una especie de sensación de ahogo y, como su abuelo murió de cáncer de pulmón sin haber fumado nunca y él sí que fumaba, pensó que podría portar un tumor de proporciones bíblicas. Al descartar dicha posibilidad, a Pedro solo le quedó pensar que el problema podría venir de su corazón. Pero, al parecer, su corazón también estaba en buen estado, lo cual era un alivio a la par que un desconcierto. Inmerso en cavilaciones, se vio sorprendido por un repentino retortijón. Fue al baño y se tiró un rato sentado en el inodoro. Quizá aquella diarrea fuera un dato revelador. El cardiólogo le había sugerido los gases como posible causa de sus molestias. Y, si sus gases llegaban a causarle dolores en la parte superior del abdomen, podía ser que su estómago estuviera en un estado precario. Ciertamente, si se paraba a pensar, había tenido diarreas frecuentes en los últimos tiempos. A lo mejor se había pasado con las salsas y los vinagres. A Pedro le encantaban los platos con sabor fuerte y, pese a que su estómago se resentía, no podía evitar comer chorizo, queso de Cabrales,

boquerones en vinagre o banderillas picantes. Tiró de la cadena y salió del baño. Aunque preocupado por su salud, decidió que lo mejor sería echarse una siesta.

Se despertó con hambre. Fue a la cocina y abrió la nevera dispuesto a todo. Primero se hizo un bocadillo de chorizo de Pamplona con queso manchego. Luego picó unos pepinillos en vinagre, aún tenía hambre. Al acabar, le apeteció algo dulce y se comió una tableta de chocolate con avellanas mientras veía la tele. Era invierno y no hacía tiempo para ir a ninguna parte. Sacó el hachís y se lio un porro. Fumó y se relajó un rato viendo unos combates de boxeo. A pesar de que se había propuesto acostarse pronto, ya que al día siguiente tenía que trabajar, la siesta le había trastocado el sueño.

El despertador sonó a las cinco y media de la mañana. Pedro se levantó asqueado. Madrugar siempre había sido un calvario para él, y no albergaba la esperanza de que algún día dejara de serlo. Fue al servicio y descubrió que la diarrea persistía. El maldito cardiólogo iba a tener razón: su problema era digestivo. Le volvieron las molestias del pecho justo en ese momento. Fue como una señal. No le iba a quedar más remedio que pedir cita con su médico de cabecera y llegar al fondo del asunto. Justo cuando se iba a levantar del inodoro, le dio un fuerte retortijón y se encogió de nuevo. Aquello no había terminado.

Cuando se repuso, condujo hacia su puesto de trabajo, en el Ayuntamiento. Hacía mucho frío y puso la calefacción a tope. Para cuando la temperatura del coche fue aceptable ya había llegado a su destino y hubo de bajarse. Allí le esperaban sus compañeros, subidos en la furgoneta. La cuadrilla, de cuatro, se dedicaba al mantenimiento del municipio. Barrían las calles, cuidaban los jardines, limpiaban las cunetas, se ocupaban de la perrera y un largo etcétera de asuntos que, aunque no hicieran

regularmente, podían surgir de todos modos. Aquel día se dividieron. A Pedro le tocó trabajar con Andrés. El capataz les dejó en la mies. Las cunetas estaban repletas de ortigas, zarzas y todo tipo de maleza. Eran poco más de las seis y aún no había amanecido. A menos dos grados centígrados, en aquella explanada, lo mejor que Pedro y Andrés podían hacer era tirar de azada con la esperanza de entrar en calor en algún momento.

A eso de las nueve se tomaron un pequeño descanso. Andrés sacó un termo con café caliente y bebieron. Fumaron un cigarro y charlaron un rato. A Pedro le caía bien Andrés. A veces iban a tomar una o dos cervezas después de trabajar, pero Pedro se retiraba rápido; las cervezas salían más baratas en casa. Era viernes y Andrés estaba animado. Se acababa de comprar una televisión de sesenta pulgadas. Según él, la alta definición era algo que el ser humano llevaba mereciéndose desde hacía mucho tiempo y, por fin, lo había conseguido. A cambio del sueldo de un mes, eso sí. Aunque, como decía Pedro, para algo estaba la financiación, para obtener lo que uno merece con mayor agilidad.

—¿Por qué no vienes esta noche a cenar a casa? —le invitó Andrés.

—Eh, bueno...

—¿Qué pasa, tienes otros planes?

—No, la verdad.

—Pues eso. Te espero a las ocho. Siempre que le hablo a mi mujer de ti me dice que te invite un día a cenar.

—Está bien. Iré.

—Puedes traer un poco de chocolate de ese —dijo Andrés bajando la voz, como si alguien pudiera oírles en mitad de la mies o como si a alguien le importara que dos hombres de mediana edad se fumarán un porro. Andrés era un poco mojigato para ese tipo de cosas.

—Eso está hecho —dijo Pedro.

Continuaron con su labor hasta el almuerzo. Andrés aprovechó la pausa para aventurar lo bien que lo iban a pasar aquella tarde. Al terminar la jornada, a eso de las tres, Andrés le recordó a Pedro que no faltara a su cita, que no hiciera como aquella vez en la que se inventó una excusa para no ir por pura pereza.

Pedro llegó a casa y se dio una ducha muy caliente. No quería que terminara nunca, solo pensar en salir del abrigo de aquel chorro le daba escalofríos. Cuando su piel se acostumbraba al calor, movía la llave del agua un poquito más hacia el rojo. Así hasta llegar al tope. Finalmente, el agua se sentía templada y debía salir.

Se secó y se puso un pijama de franela y la bata gruesa. Fue al salón y se tiró en el sofá. Eran las cuatro menos cuarto. Fuera llovía. El sonido de las gotas contra la ventana era un murmullo maravilloso. Pensó en su cita de esa tarde y resopló. Se había metido en camisas de once varas. A no ser que fuese por motivos de causa mayor, como un sueldo, salir a la calle con aquel tiempo era de locos. Se tapó con una manta y pensó en una excusa rápida para contarle a Andrés en un escueto mensaje de texto, pero se quedó dormido antes de que se le ocurriera nada.

Despertó sobresaltado. Miró el teléfono. Eran las siete y media. Andrés le había mandado fotos de una tortilla de patata que su mujer había hecho para él. Era demasiado tarde para echarse atrás y, ciertamente, la tortilla tenía muy buena pinta. Se vistió, cogió un poco de hachís y una botella de Rioja y salió para casa de Andrés.

Solo llegó diez minutos tarde, lo cual no estaba nada mal para tratarse de Pedro. Andrés le presentó su mujer. Luego le presentó a Verónica, su cuñada y hermana de su esposa. Era una mujer gruesa. Andrés le recordó un día que una mujer les saludó desde un coche mientras barrían el parque. Era ella, y Pedro se acordaba.

Tomaron unos vinos y picaron un poco de tortilla. Al segundo vino, quedó claro que aquella cita tenía como verdadero y único propósito el emparejar a Pedro con Verónica. Pedro se hizo el tonto y siguió la corriente. Verónica parecía agradable y era una mujer guapa. Cenaron pimientos rellenos, también croquetas y un paté casero que la mujer de Andrés había elaborado. Todo estaba delicioso y Pedro la felicitó por sus habilidades culinarias. Andrés se ocupó de que ninguna copa se vaciara en ningún momento y, después del postre, una tarta casera, sacó un ron de quince años que tenía reservado para ocasiones especiales, o eso dijo.

La conversación se iba animando y las sonrisas y las miradas de Verónica eran cada vez más descaradas. Pedro la correspondía. Se hizo un porro y fumaron todos. Pronto emergieron las risas flojas. Pedro era el único que estaba acostumbrado a fumar y los demás se colocaron. A la media hora, su mujer acompañó a Andrés a acostarse. Se estaba quedando dormido y ella dijo que volvería en un minuto, pero nunca regresó. Pedro y Verónica yacían en el sofá y sus muslos estaban en contacto. Charlaban y bebían ron. No obstante, a Pedro le daba un poco de apuro verse allí solo con la cuñada de su compañero de trabajo mientras éste dormía la mona. En un momento dado, Verónica besó a Pedro con pasión. Pese a que podía considerarse algo de esperar, Pedro no se lo esperaba. Le cogió por sorpresa y se puso un poco nervioso. La cosa escaló rápido y Verónica le echó mano a la entrepierna.

—Aquí no —dijo Pedro.

—Vamos al cuarto de invitados —propuso Verónica.

—No. Me da cosa hacerlo aquí. No tengo tanta confianza con Andrés.

—Pero yo sí.

—Vamos a mi casa mejor.

—¿Para qué? Hemos bebido y será mejor que no conduzcas. Podemos pasar aquí la noche.

Pedro se sintió presionado y un retortijón le atravesó el vientre.

—Necesito ir al servicio.

—Perfecto, el servicio nos pilla de camino. Yo te espero en el cuarto de invitados —dijo Verónica sonriente—, es la puerta de al lado.

Se encaminaron por el pasillo y Pedro tuvo que apretar el paso. Pensó que no llegaría al inodoro. Se trancó en el baño y se desabrochó el cinturón como un enfermo de Parkinson. Se sentó y, pese a que intentó ser discreto, una sonora flatulencia retumbó en la loza. Pedro quiso que se lo tragara la tierra. Si él podía oír perfectamente a Verónica caminando por la habitación contigua, ella también pudo escuchar lo suyo. Incluso con un tabique de por medio, aquella deposición resultó la más embarazosa de toda su vida. Con grandes esfuerzos, logró controlar la acústica, aunque sentía el rostro arder de vergüenza.

Lo que no pudo resolver de ninguna manera fue el hedor que dejó. Abrió la ventana, pero la intensa lluvia caía de costado y se colaba dentro empapándolo todo. Buscó frenético un ambientador, una colonia, un insecticida, cualquier cosa que pudiera camuflar el tufo, pero no había nada. Aquello era tan solo un pequeño aseo que apenas usaban, dedujo. Decidió que lo mejor que podía hacer era salir de ahí, cerrar bien la puerta y meterse en el cuarto de invitados con la esperanza de que Verónica no necesitara usar el baño en unas cuantas horas. Abrió la puerta y sucedió lo peor que podía sucederle: Verónica había ido a ver por qué tardaba tanto y cuando abrió estaba allí mismo, a punto de golpear la puerta con los nudillos. «Venía a ver si estabas bi...», fue lo único que le dio tiempo a decir. Verónica sufrió una arcada y vomitó. No fue un vómito completo, sino una única bocanada,

una especie de escupitajo involuntario. Con el zapato salpicado, Pedro salió de casa de Andrés como una exhalación, sin decir adiós siquiera, pidiéndole a la tormenta que le partiera con un rayo.

3

Subió al coche con la cara encarnada. Nunca había sentido mayor bochorno, ni siquiera el día que se meó en el colegio a los once años. Era la una de la madrugada y lo único que Pedro deseaba por encima de cualquier cosa era llegar a su cama, taparse por completo y despertar pronto de aquella pesadilla. Pero su pesadilla había venido para quedarse un rato.

Un control de la Guardia Civil lo detuvo a kilómetro y medio de su casa. Pensó en lo que Verónica había dicho antes de que se produjera la tragedia: «Hemos bebido y no deberías conducir». Cuánta razón tenía. Pedro duplicó la tasa de alcoholemia. Le quitaron los únicos seis puntos que le quedaban. Le metieron mil euros de multa y le tocó ir a casa andando bajo la lluvia; su coche se lo llevó la grúa al depósito, él no estaba en condiciones de conducir, al menos a ojos de la ley.

Llegó a casa pasadas las dos. Estaba empapado y se fue directo a la ducha. Reflexionó sobre lo sucedido.

«Mi estómago me ha jugado otra mala pasada. Debo de estar podrido por dentro para hacerle vomitar a una mujer que quiere acostarse conmigo. Ha sentido repugnancia. Nunca antes se había asesinado tan violentamente al erotismo como lo he hecho

yo esta noche. Soy un “matalibidos”, un homicida del deseo sexual. No me extraña que lleve casi un año sin sexo. A este paso acabaré por reconvertirme en virgen. Ya sabía yo que me tenía que haber quedado en casa, estaba enfermo y no he querido reconocerlo. Mi aparato digestivo me ha dado hoy un tirón de orejas. Eso por hacerme el valiente... Qué desastre, madre mía. Ahora a trabajar en bicicleta. Y estamos en enero, ¡en enero! No podía haberme pasado en verano, no, qué va. Cuando vea a Andrés el lunes me voy a morir de la vergüenza. Espero que no me toque trabajar con él. Prefiero ir a desatascar arquetas, lo que sea menos trabajar con él. Aunque ¿qué estoy diciendo? Yo no puedo ir a trabajar el lunes en este estado. Tengo que pedir cita con la doctora Carrasco. Necesito asegurarme de que mi estómago está bien, que no creo que esté bien, pero bueno... Tengo que salir de dudas. Estas diarreas no son normales y me están causando disgustos serios. No puedo permitir que la situación se me escape de las manos. Al fin y al cabo, la salud es lo único que tengo».

Al día siguiente, Pedro llamó al ambulatorio y concertó una cita para el lunes a las doce. Acto seguido, apagó el teléfono. Cabía la posibilidad de recibir un mensaje o una llamada de Andrés. El mero hecho de ver su nombre en la pantalla le supondría un mal trago. Hacía un tiempo de perros y no salió de casa en todo el fin de semana. Pidió comida china, pizza y hamburguesas con patatas, sin importarle que eso pudiera afectarle al estómago. Para Pedro, la comida a domicilio era un adelanto que superaba a Internet, la pólvora o la rueda. La televisión le aportó la distracción que necesitaba. Se tragó cuatro partidos de fútbol, dos combates de boxeo y tres películas, dos malas y una aceptable. En eso se tradujeron su sábado y su domingo.

Se levantó el lunes a las cinco y media, como siempre, y, como siempre, le costó horrores. Fue al baño y la diarrea persistía. Menos mal que había pedido cita en el ambulatorio. Cuando bajó a por el coche se dio cuenta de que no tenía coche. Fue como una bofetada. Corrió al trastero y sacó su vieja bicicleta. Las ruedas estaban bajas y le tocó hincharlas. Salió tarde de casa y cuando llamó al capataz por teléfono pasadas las seis, le dijo que acudiese directamente a la calle principal del pueblo, le tocaba barrer. También le comentó que tendría que irse a las once porque tenía cita en el médico.

—¿Otra vez al médico? —protestó su jefe.

Pedro hablaba con él mientras pedaleaba.

—Sí. Lo siento. Es mi estómago, no está en muy buenas condiciones.

—Ya. Algo me ha contado Andrés, ahora que lo dices.

Pedro casi se cae de la bicicleta al oír dicha afirmación. Lo más seguro era que le tocara buscarse otro empleo si sus compañeros se enteraban de su desventura más reciente. No podría soportar ser la comidilla.

—¿Qué te ha contado?

—Como llegabas tarde, les pregunté a los demás si sabían algo de ti, y Andrés me dijo que el otro día en su casa te encontraste indispuesto y te tuviste que ir.

—Ah. Sí, es cierto. Llevo unos días un poco pachucho.

Pedro no quería preguntar si Andrés le había dicho algo más a su jefe respecto a la noche del viernes. El mero hecho de preguntar si le había contado algo más era como confirmar que algo pasó y, en ese caso, el jefe podría interesarse más por el tema y tirarle a Andrés de la lengua; en los pueblos la gente es muy cotilla.

—¿Algo más? —preguntó el jefe con brusquedad.

—Eh... no, no. Nada más.

—Pues venga, tira para el pueblo. Allí te espera Andrés.

El jefe colgó y Pedro maldijo. Lo último que le apetecía era verle la cara a Andrés. Llegó a la casa de cultura y allí estaba esperándolo. Ya había sacado los carritos fuera y fumaba un pitillo apoyado en la tapia. Pedro saludó con la cabeza y, armándose de valor, entró en el edificio para dejar su bicicleta.

—¿Qué le ha pasado a tu coche? —preguntó Andrés con naturalidad, como si ningún evento fuera de lo común hubiese sucedido últimamente.

—Está en el depósito. El viernes por la noche me quitaron el carné por conducir bebido —respondió Pedro mientras se acercaba a su carrito, equipado con varios cubos de basura, escobas, recogedores y demás. No quería mirar a Andrés a los ojos.

—¡Qué putada! Ya lo siento —compadeció su compañero.

—No pasa nada. Estas cosas ocurren. ¿Empezamos? —sugirió Pedro—. Ya vamos tarde.

—Sí. Venga, vamos.

Caminaron un trecho sin decir nada. El silencio se fue haciendo cada vez más insoportable a medida que llegaban al extremo de la calle.

—Quiero que sepas que no tienes que sentirte mal por lo del otro día.

—No me siento mal, Andrés. Pero te agradecería que no se lo contaras a nadie.

—Por supuesto que no, Pedro.

—Al jefe ya le has dicho que estuve en tu casa —le reprochó.

—Fue solo para disculparte. Preguntó por ti y le dije que el otro día te encontraste mal en mi casa y te tuviste que ir, nada más —se apresuró a matizar Andrés.

—Gracias por no contarlo, Andrés.

—Nunca trataría de hacerte pasar un mal rato. Yo te considero mi amigo; ya llevamos seis meses trabajando juntos.

—Gracias. Eres un buen tío.

—Y, respecto a mi cuñada...

—No quiero hablar de eso —cortó Pedro.

—Verónica se sintió muy mal por lo ocurrido —insistió Andrés—. Mi mujer dice que lloró al día siguiente mientras le contaba la historia.

—No quiero saberlo —Pedro trató de terminar con el tema.

—El caso es que a Verónica le gustas desde hace tiempo. Llevaba semanas pidiéndome que organizara un encuentro contigo —se sinceró Andrés—. Y me sabe mal, todo iba tan bien...

—No pasa nada, de verdad. No te apures.

—Si algo así me pasara a mí con mi mujer, pues daría igual, porque hay confianza, ya sabes. Entiendo que te dé apuro, pero Verónica quiere volver a verte.

—No fue una cita, fue una encerrona.

—No digas eso, hombre —rogó Andrés—. Si lo pasamos genial, y tú congeniaste muy bien con Verónica.

—Ya, y mira cómo acabó la cosa. Viví el momento más embarazoso de mi vida, me quitaron el carné de conducir y me echaron mil euros de multa —enumeró Pedro—. A buena hora fui yo a tu casa.

Andrés chascó la lengua y apretó los labios.

—Ha sido un cúmulo de despropósitos. Lo lamento.

—No es culpa tuya. Tu mujer y tú os portasteis muy bien conmigo. La cena estaba deliciosa y me sentí muy a gusto. Os lo agradezco mucho.

—¿Y Verónica?

Pedro resopló. Sabía que Andrés no se rendiría con facilidad, era el mensajero y no podía volver a casa sin mensaje. Aunque

su compañero no se lo merecía, sintió leves tentaciones de ser grosero para librarse de aquel tema.

—Verónica es un encanto. Me gustó conocerla pero, después de algo así, no sé si tengo el valor para volver a mirarle a la cara.

—No exageres. Todos hemos tenido cagalera alguna vez, no es para tanto.

—Déjalo estar, Andrés —pidió Pedro con gesto serio—. Haz el favor.

—Está bien.

Comenzaron a barrer y Pedro se puso los cascos. La labor y la música lograrían sacarle de su ridícula vida durante unas horas. Aunque esta vez no sucedió del todo. Le venían imágenes de Verónica, del preciso momento que los separó. Pedro intentaba dejar ir esos pensamientos horribles. Resultaba difícil. Intentaba reemplazarlos por instantes agradables de la velada. Se había divertido con Verónica. Era divertida, tenía conversación y su tono de voz era maravilloso, mitad dulce mitad sensual. Curiosamente, al enfocarse en los buenos momentos, Pedro acabó por sufrir una erección. Se recolocó la entrepierna y miró alrededor con la esperanza de que nadie hubiera advertido su bulto. Menos mal que ninguna de las pocas personas que pasaban por allí estaba mirándole el paquete a un barrendero: todo un alivio.